

Algo más sobre Puig

Alberto Giordano
Universidad Nacional de Rosario

A Emilia, por primera vez

Hace poco más de un mes, en otra mesa redonda sobre Puig, me preguntaron cuál de sus novelas era mi preferida. Como sabía que en algún momento iban a hacerme esta pregunta, y sabía también que lo que se esperaba no era el desarrollo de un juicio crítico, sino una referencia puntual a mis gustos de lector, llevé la respuesta preparada. La novela de Puig que más me gusta, dije, es *La traición de Rita Hayworth*, y dentro de la novela, mi capítulo preferido es el último, la carta de Berto a Jaime, su hermano mayor, ese hermano desaprensivo, de una indiferencia brutal, que fue como un padre para él. En este capítulo, argumenté (un crítico siempre quiere argumentar), el extraordinario arte narrativo de Puig nos transmite una verdad esencial, una de esas pocas verdades sobre la vida que realmente vale la pena aprender. La carta que el padre de Toto escribe y tira al tacho de la basura casi antes de terminar, cuando lo derrumba la evidencia de que el otro, que ni siquiera lo está escuchando, no va a responder, es, antes que nada, la carta de un hijo que

se siente abandonado y reclama atención. Recién al final de la novela entendemos que la falta de reconocimiento que Toto sufrió desde su infancia, desde que tuvo que aprender a hablar la lengua de la conversación familiar, era en parte necesaria: donde debía haber un padre dispuesto a reconocerlo, había en realidad otro hijo, lo mismo que él, esperando que un padre lo reconociese.

Como temí haber agotado el tiempo que me correspondía, y además comencé a dudar, también yo, de que todavía hubiese alguien oyéndome, preferí no completar mi respuesta tal como la había preparado. Lo que no dije, y por no haberlo dicho me parece esencial, es que esta verdad que nos transmite la carta de Berto sobre la imposibilidad de encontrar a un padre en su lugar, hay que juntarla con otra que transmite el conjunto de la novela y se refiere a la omnipresencia paterna. “Cuando vuelvo del cine –dice Toto— papá siempre está”. Para el hijo que descubrió en la fuga a lo imaginario un modo de resistirse al poder de sujeción de los estereotipos morales, el padre es un inmovible representante de la realidad siempre al acecho para sancionarlo en falta. Desde la perspectiva de un hijo en trance de aprender su diferencia, *La traición de Rita Hayworth* imagina al padre, dentro de la conversación familiar, como una figura paradójica: en todo lugar, fuera de su lugar.

Desde luego que esta verdad doble sobre la paternidad no la aprendí sólo, ni en primer lugar, leyendo *La traición de Rita Hayworth*. En mis experiencias como hijo ya había tenido ocasión de descubrir su existencia. Pero el arte de Puig, al transmutar el dolor en goce, alivianó de resentimiento el aprendizaje hasta el punto de transformar en un principio positivo lo que, conforme a los hábitos morales, hubiese podido tomar sólo como una carencia: la imposibilidad del

reconocimiento puede ser una muy eficaz condición de posibilidad para la experimentación de la propia rareza. Esa es la lección de Toto que sus lectores recibimos cuando damos también un salto a lo imaginario, cuando silenciamos en su voz el murmullo de los estereotipos y nos volvemos todo oídos para la enunciación de su tono.

Mucho antes de darle a estos argumentos la forma de una respuesta pretendidamente oportuna, los escribí y reescribí en algunos ensayos críticos. No sé si alguien lo habrá podido percibir (hace falta un arte como el de Puig para que esos acontecimientos se vuelvan sensibles), pero entre lo que escribí entonces y lo que dije hace poco tiempo, es posible que haya ocurrido una diferencia de tono, que mi voz, diciendo las mismas cosas, haya sonado diferente bajo la presión de un desdoblamiento irreprimible. Hablaba con convicción mientras me escuchaba con inquietud. Lo que escribí sobre las paradojas de la paternidad siendo sólo hijo, lo repetí siendo también padre, y al hacerlo no podía dejar de recordar mi nueva y enigmática condición, de preguntarme por lo que esas verdades que atesoré como hijo estarían diciendo ahora de mi experiencia como padre. Qué extraño resulta presentir la disimetría, y su necesidad, desde el otro lado. Por primera vez imaginé que en un futuro todavía lejano, pero ya inminente, cuando alguna vez quiera estar justo ahí donde mi hija me reclame como padre, el lugar que ocupe, cualquiera sea, tendrá que ver más con los lugares en los que esperé, y a veces todavía espero, encontrar a mi padre, que con el imposible lugar en el que me buscará Emilia.

Vuelvo a Puig y a la pregunta por cuál de sus novelas es mi favorita. Si respondo, como vine haciendo hasta aquí, *La traición de Rita Hayworth*, esa respuesta es verdadera pero anacrónica. Representa mi gusto con más de diez años

de retraso. Es la respuesta que comencé a dar cuando todavía era un “lector inocente” que no buscaba hacer nada con las novelas de Puig, que se conformaba con haberlas encontrado. El encuentro había resultado dichoso, nunca antes tuve tal certidumbre de que algo fue escrito para mí, pero también inquietante, por eso en algún momento no pude conformarme con la lectura y empecé a escribir. Quise saber qué estaban entrediciendo esas voces triviales, sobre todo las de *La traición...*, que tanto me concernía. Durante los años en que escribí sobre la literatura de Puig tratando de no apartarme demasiado de mis inquietudes de lector, de algún modo dejé de leerla. Cuando pasé de la fascinación a la búsqueda de sus razones, necesariamente me apropié en bloque del mundo de Puig, tracé sus fronteras, distribuí sus poblaciones, lo convertí en mi mundo (el mejor mundo posible que podía habitar un crítico formado entre Migré y Blanchot). La lectura, en el sentido literario del término, es aceptación de lo desconocido, un ejercicio de desposesión e impersonalidad. Por eso digo que durante los años en que me lo apropié para escribir sobre la singularidad y la eficacia de su obra, aunque continuamente estuviese releyéndolo, no volví a leer a Puig. En todo caso –es una conjetura que no contradice, sino que refuerza lo anterior-, si durante estos laboriosos años la lectura, de algún modo, se sostuvo, las huellas de esos encuentros habría que buscarlas únicamente en lo que no escribí. Para alguien que tiene como oficio escribir sus lecturas, no escribir sobre algo, sin haber decidido no hacerlo y sin saber que no se lo hace, puede ser también un modo de leer.

Hace poco, apenas un par de semanas, volví a leer a Puig. Qué extraordinario hubiese sido que su literatura me conmoviese otra vez como por primera vez mientras leía una de las novelas sobre las que ya escribí. Qué extraordinario si hubiese podido elegir de nuevo, pero por otras razones,

como si se tratase de otra novela, *La traición de Rita Hayworth* como mi favorita. Pero no, las cosas sucedieron de un modo menos literario, más convencional. El flechazo ocurrió en esta ocasión releendo *Cae la noche tropical*, a la que ni siquiera había citado en mi ensayos, y esa, ahora, es la novela de Puig que más me gusta. La leí por primera vez cuando acababa de aparecer (creo que fue la única vez en que leí una novela de Puig recién editada), y desde el comienzo quedé capturado por lo que ocurría en la conversación entre Luci y Nidia. La historia de estas dos hermanas reunidas en la vejez por una serie de pérdidas cada vez más intolerables se me fue imponiendo, de réplica en réplica, como la historia de dos sobrevivientes, en el sentido afirmativo del término: sobrevivientes no porque todavía no estén muertas, sino porque todavía están vivas, porque sus cuerpos, debilitados por el paso de los años y las penas, todavía están dispuestos para la afirmación de lo nuevo, de lo desconocido. Como en todas las conversaciones narradas por Puig, la lengua que hace posible los intercambios entre Luci y Nidia está gobernada por la voluntad de sujeción y aplastamiento que caracteriza los lugares comunes. Hay uno, sobre todo, que amenaza continuamente con absorber y orientar el juego de las significaciones: “la vejez es una edad en la que sólo se habla de muertes”. ¿Cómo no habrían de temer, o peor, de querer que esta sentencia las atraiga y las inmovilice cada vez que conversan, si las dos perdieron los padres, los maridos, las amigas, si Nidia, además, acaba de sufrir la inconcebible pérdida de una hija? Pero además del pasado familiar y la trama casi infinita de presuposiciones por la que se manifiesta, a estas dos ancianas las une una precaria pero eficaz voluntad de resistir el deterioro y la autocompasión que otros lugares comunes se encargan de afirmar: “no hay que quejarse”, “no hay que abandonarse”. Tal vez recuerde mal, pero creo que nunca antes un personaje femenino de Puig me había resul-

tado tan inmediatamente simpático como Luci y Nidia.

Desde que la leí hace trece años, *Cae la noche tropical* me parece la referencia apropiada cuando se trata de argumentar la singularidad de Puig dentro de la literatura argentina teniendo en cuenta su inusual capacidad de conmover tanto a un crítico académico como a un lector poco familiarizado con las convenciones de la novela contemporánea. Además de lo de siempre –pero, como siempre, renovado–, además de la calculada pero imperceptible construcción de la intriga y de la figuración de voces estereotipadas y al mismo tiempo únicas, lo que vuelve irresistible *Cae la noche tropical* para casi cualquier lector, es la intensidad que alcanza en ella el “gesto inicial de amor” que caracteriza el trabajo narrativo de Puig. Tal vez porque había alcanzado en su vida, y en la relación de esta con su arte, una nueva madurez, Puig se permitió experimentar en su última novela la ausencia casi absoluta de distancia entre la voz narrativa y el universo de conversaciones que van tramando las historias. En ese prodigioso mínimo de distancia, que no hay que confundir con la identificación, habría que buscar las causas del poder que tiene esta novela de conmover la sensibilidad de sus lectores más acá de los hábitos culturales, altos o bajos, que los identifican.

Pero entonces, ¿por qué, si desde hace trece años conservo la impresión de que se trata de una novela extraordinaria y uno de los momentos más altos de la obra de Puig, no volví a leer *Cae la noche tropical* hasta hace pocos días, cuando buscaba algo nuevo sobre lo que escribir para este encuentro? Tal vez me pasó como pasa a veces con esas películas que nos encantaron en la infancia o la adolescencia y que, aunque se reeditaron en video, nunca encontramos el momento justo de volver a ver, como si presintiésemos que

el recuerdo, más que la reiteración de la experiencia, puede conservar e incluso amplificar su potencia encantatoria. O tal vez durante esos años en que preferí recordarla yo estaba demasiado ocupado en alejarme de mi madre como para poder volver a una novela en la que la maternidad es no sólo el tema, sino también la perspectiva desde la que se presentifica el universo de la ficción.

Releyendo *Cae la noche tropical* creí entender a qué se refiere Aira cuando dice que Puig fue el “hombre-madre” y por qué esa condición anómala no puede explicarse apelando a obvias determinaciones genéricas, sino a la misteriosa transformación de la realidad que opera la literatura. En *Cae la noche tropical* la maternidad es lo que da a todo lo narrado un sentido novelesco, la maternidad como relación peligrosa. Si en *La traición...*, *The Buenos Aires Affair* o *Sangre de amor correspondido*, los peligros de la maternidad son los que corre el hijo que debe o debió desprenderse de su madre como de un lazo demasiado cierto que lo mantiene unido a las imposturas y las humillaciones de la conversación familiar, en *Cae la noche tropical* la madre pasa del lugar de horizonte casi negativo al de sujeto del aprendizaje: es ella la que experimenta el desprendimiento como una ocasión para que la vida se renueve.

Al comenzar la novela, Luci y Nidia están como suspendidas sobre el mundo. Lejos de la familia, en otro país, conversan. De los recuerdos, que a veces son dichosos, y de la curiosidad siempre despierta por la vidas ajenas, reciben cada día las fuerzas suficientes para recomenzar. A veces son dos ancianas que intercambian consignas para resistir los achaques; a veces, dos chicas que sienten en su carne virgen el placer de una caricia o un beso bien dados; a veces, dos nenas que se distraen mientras esperan el regreso de la madre.

Sobrevuelan el mundo y viajan a través del tiempo (el arte de Puig es capaz de transformar una conversación trivial en un acontecimiento mágico). Después, la intervención de los hijos, solícita, inoportuna, precipita los hechos y la historia de cada una toma un rumbo diferente, complementario del de la otra. A Luci le ocurre lo que más temía, a Nidia lo que nadie, ni siquiera ella, hubiese podido imaginar. Luci muere porque no se desprende de su hijo, o, lo que acaso sea lo mismo, porque no se desprende del equívoco que lleva al hijo a suponer que su madre anciana no puede vivir sola. Nidia comienza una vida nueva porque toma la decisión de alejarse del mundo familiar, acaso definitivamente. A los ochenta y cuatro años, sin la hija que hubiese tenido que cuidarla y sin la hermana que la hubiese podido acompañar, se aventura en lo desconocido para inventarse una familia de extraños.

La novela que el azar quiso que fuese la última, es la única novela de Puig con final feliz, la única en la que imaginó una historia de vida a partir de su absoluta renovación. No es extraño a las resonancias sentimentales de esta coincidencia (otro ejemplo de cómo la vida imita al arte) que ahora la elija como la que más me gusta.